

El caminante y el lechero

Arturo Rodriguez

Image not found.

Capítulo 1

I

En un pueblo lejano, se corría el rumor acerca de un forastero que había arribado días antes. Nadie le conocía, pero se sabía que vestía viejos harapos, usaba un sombrero, cargaba un morral, y tenía un largo bastón de madera. Únicamente el lechero, que vivía algo apartado del pueblo, no sabía de este rumor, puesto que las vacas que poseía pastaban en la pradera que estaba en las afueras del pueblo. Además, no le interesaban los “cuentos del populacho”.

Un día, llegó el misterioso hombre a la cabaña del lechero y tocó su puerta. Éste salió, y con lo miró desconfiadamente.

—¿Qué deseas, extraño?

—Saludos, buen hombre —dijo el joven, quitándose el sombrero— sólo soy un caminante que no tiene dónde pasar un par de días.

—Y supongo que piensas que te dejaré quedarte en mi cabaña, ¿verdad?
—contestó el lechero, un tanto molesto.

—Si me hiciera ese enorme favor...

—¡Ja! —dijo despectivamente— Vete, y no molestes.

—Vengo muy cansado. Deme hospedaje, por favor. Si lo desea, puedo ayudarle en sus labores. Tengo entendido que es usted el lechero.

—Así es —asintió con la cabeza.

El hombre se apoyó en el marco de su puerta, y se dispuso a pensar. Luego de un rato, accedió a hospedar al forastero por tres días, a cambio de que éste le ayudase con sus labores. El joven aceptó gustoso la oferta. Debido a lo cansado que se veía, el lechero dejó que el muchacho descansara lo que quedaba del día. Curioso, el hombre escudriñaba cada acto que el forastero hacía. Para su desconcierto, el caminante permanecía sentado en el piso, quieto, y con su sombrero cubriéndole la cara. Dormía.

De pronto, el joven se levantó, y se sentó en la silla que estaba frente a la fogata, pues en ese pueblo las tardes eran frías. De entre la penumbra, salió el lechero, quien se le acercó con un plato de sopa.

—Toma chico, debes tener hambre —le dio el plato.

—Se lo agradezco. He caminado mucho.

Y comenzó a comer, llevándose el plato a la boca.

—Por cierto —lo miró fijamente—, ¿De dónde eres? ¿Adónde te diriges?

—Vengo de una aldea muy lejos de aquí. Mi padre era herrero y mi madre cosechaba trigo, pero ambos murieron por la peste, y ahora vago por donde me da la gana.

—Es muy triste. Seguro que los extrañas.

El viajero levantó el rostro y se acomodó su sombrero.

—Mucho ,pero ya lo superé.

—¿Hace cuánto que vagas?

—Quince años. Mis padres fallecieron cuando tenía once y salí de mi hogar.

—Debe quedar muy lejos tu aldea.

—Ahora que lo pienso, sí, está muy lejos.

Y continuó comiendo. Pasaron las horas y el lechero se retiró a dormir, más el viajero se quedó en vela hasta muy entrada la madrugada, viendo las sombras que la luz de la luna creaba con los árboles. Al recordar a su familia, lloró en silencio.

Capítulo 2

II

Al llegar el alba, el lechero despertó al muchacho para que comenzara sus labores, las cuales desempeñó con gusto y cuidado. El anciano se sorprendió y le propuso lo siguiente:

—Oye, eres bueno en esto. ¿No deseas trabajar aquí?

—Le agradezco, pero no. Aún falta camino por recorrer.

El hombre dejó a un lado su cubo de leche y se apoyó en la barda.

—¿Acaso vas a alguna parte?

—No, sólo camino.

—¿Sólo caminas? —dijo, con una sonrisa socarrona— Vamos hombre, que es algo muy tonto andar caminando por ahí sin rumbo.

—Tal vez voy a alguna parte y no lo sé. El destino sabe a donde lleva a las personas. Aunque a mí no me interesa mucho a dónde vaya.

—No creo que debas pensar así. Si vas con esa idea, te irás derecho, y así se llega muy lejos, pero no se va a ninguna parte.

El viajero tomó esas palabras y meditó.

—Tal vez vaya hacia allá —señaló las montañas.

—¿Las montañas? Me parece un buen lugar, con bellos paisajes.

—Qué bien, así podré dibujarlos.

—¡Ah! —exclamó— ¿Es que acaso dibujas? ¡Vaya que estás lleno de secretos, hombre errabundo! —dijo, dándole una palmada en la espalda al muchacho, quien se zarandó.

—Un poco. Viajar por todas partes es algo aburrido, pero si dibujas lo que has visto, te entretienes.

—Cierto es lo que dices.

De su morral, sacó unas hojas de papel, un tanto amarillegas por el

tiempo.

—Tome. Sea testigo de los lugares que he visitado. Ojalá le gusten.

El hombre tomó el montón de hojas, y cuidadosamente vio uno a uno los dibujos del forastero. Había toda clase de lugares: valles, montañas, ríos, costas, playas, castillos, pueblos, y un sinfín de senderos y bosques. Con asombro, el lechero le dijo mientras le devolvía sus hojas.

—Veo que también eres bueno en el arte del dibujo.

—Gracias. Sólo veo el entorno, y si hay algo que me gusta, sólo lo plasmo en el papel.

—¿Quién te ha enseñado?

—Nadie. Sólo la experiencia me ha instruido.

Capítulo 3

III

Y el día pasó así, viendo los paisajes del forastero. Llegó el día siguiente, que sería el último de su estadía con el lechero. Volvieron a las faenas del oficio, y de nuevo el caminante las hizo con mucha pericia y entusiasmo. Después del trabajo, se sentaron en un enorme tronco frente al lago, mientras bebían algo de leche fresca. “Oye viajero, cuéntame de tu pasado”, dijo el lechero.

El muchacho sacó de su morral otras hojas. Éstas no eran paisajes, ni nada parecido. Eran escenas del pasado, las cuales había plasmado para no olvidarlas. El viajero le indicó que seleccionara alguna, y él le contaría la historia que había detrás del dibujo. El lechero examinó las imágenes, sacando de entre ellas una donde estaban un hombre, una mujer y un bebé, y le pidió su respectiva historia.

—Estos eran mis padres —explicó el joven—. Sus nombres, Auguste y Loraine. El bebé que está en los brazos de la mujer soy yo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el lechero.

—Se lo diré después —contestó sonriendo.

El lechero se quedó confuso. “Tendrá sus razones” pensó.

Tomó otro dibujo y se lo dio. Ahora representaba unos niños jugando en un árbol.

—Estos niños eran mis amigos. Con ellos siempre compartí experiencias inolvidables. Los dibujé jugando en un árbol, porque la amistad es como tal. Primero, se siembra la semilla de la confianza, la cual sólo debe encargarse de crecer más y más, para convertirse en un frondoso y fuerte roble.

—Sabias palabras las tuyas. ¿Este dibujo qué es? —preguntó, mostrándole una hoja donde se encontraba un hombre con un martillo en la mano.

—Es mi padre. Como le dije, era el herrero. Así como con su martillo forjaba el hierro, así con sus consejos y acciones forjó mi educación, y orientó mi vida, para no caer en los malos actos, que son como el hollín de la fragua que es nuestra alma.

—De nuevo lo digo, son sabias tus palabras —tomó otro dibujo—. ¿Y esta

mujer? ¿Quién es?

El dibujo mostraba una joven con una canasta llena de trigo.

—Ella es mi madre. Cosechaba trigo en mi aldea, y así como su canasta está llena de trigo, que es alimento del cuerpo, así su corazón estaba lleno de cariño, alimento del alma, y si en mi casa llegaba a faltar el trigo, jamás faltó el amor.

—Hermosas y sabias palabras, muchacho. ¿Y éste otro? Se ve muy tenebroso —señaló, dándole el dibujo de un esqueleto saliendo de una casa.

El rostro del joven se ensombreció brevemente, pero de nuevo se serenó y contestó:

—Ésa es la peste saliendo de mi hogar, y en general, del pueblo. Esa plaga acabó con casi todas las personas que ahí habitaban, dejándonos a unos pocos con vida. Fue terrible tener que sepultar nosotros mismos a nuestros familiares, amigos y conocidos.

—Lo lamento. No quise hacerte recordarlo.

—No importa, el recuerdo es la tierna y humilde muestra de que aún amas a los que no están contigo.

El lechero siguió viendo más y más dibujos, al tiempo que el joven recordaba y contaba sus vivencias, llegando al atardecer.

Capítulo 4

IV

Al final, cuando ya se marchaba, el viajero le mostró un último dibujo. Era un retrato del lechero con sus cubos de leche. El anciano preguntó el porqué del dibujo. El viajero sonrió.

—En quince años he estado vagando sin rumbo fijo y sin objeto alguno, y ayer usted me ha enseñado que ir por ahí sin razón no tiene sentido, y por eso me he dispuesto a viajar con un objetivo y hacia un lugar, los cuales, si me disculpa, me reservaré el derecho de revelar —dijo, guardando su dibujo—. Ahora usted es parte de mis recuerdos.

Tomó sus alforjas y su bastón, y caminó por el sendero, hacia las montañas.

—¡Viajero! —gritó el lechero—. ¡No me has dicho tu nombre!

—Se lo diré cuando regrese

—¿Acaso regresarás?

—Claro, pero por el momento, sólo llámeme "Amigo".

—Nos veremos pronto, Amigo.

—Así será.

Y caminando, desapareció entre el bosque, de donde pronto se le vería regresar.